por lo mismo morbo jueguítico, es la diarrea ó evacuaciones, de que no escapan ni los estreñidos.

CARACTER DE LOS HABITANTES.

Los jugadores por lo regular son flacos, descoloridos, undidos de ojos, y viven poco. Son taciturnos, desconfiados, iracundos, maldicientos, blasfemos, desesperados, insolentes, muy inclinados al dinero, y propensos á todos los vicios. No tienen lealtad con sus amigos, cuando se trata de sus propios intereses, y hacen traicion á cualquiera. Son muy fáciles para hacer votos, promesas y juramentos, pero jamás las cumplen. No respétan á clase alguna de personas, ni reconocen parientes, hermanos, ni padres. La mentira no se tiene por vicio entre ellos, y si alguno hablara la verdad, se burlarian de él, ni se aprecia en cosa alguna el tiempo. El latrocinio es allí muy comun, la recreacion y descanso son las murmuraciones, y la flojera y poltroneria, la cualidad inseparable de todos. Son tan bárbaros y crueles, que sienten la dicha de sus compañeros, y se alegran de sus infortunios: sacrifican y entregan á cualquiera en manos de sus

enemigos, con tal que les toque un pelo, una uña ú otra vagatela: al mismo que les hace bien, y se fia de ellos, lo abordan y empujam con gusto á su ruina y precipicio: en una palabra, dejan morir el marido á la mujer, y el padre al hijo, por no pararse de su asiento á socorrerlos en el peligro.

COSTUMBRES.

La soledad se ve como un gran mal, y así es costumbre vivir muchos juntos.

Ninguno se dedica á la labranza, al comercio ni á las artes, y el ejercicio de que todos pasan es el combate de unos con otros y el recíproco pillaje, de suerte que si cada dia no arribaran nuevos habitantes, ya se hubiera despoblado el país. El ajuar de las casas se reduce á mesa y asientos, la comida y la cena, no tienen hora fija, como ni el sueño ni la vigilia, trocándose á cada paso el dia en noche y la noche en dia. No se cuida mucho de la sazon, y calidad de los alimentos, porque se engullen de prisa y sin tomarles gusto: en lo único que lo tienen es en beber sangre de sus iguales. Por costumbre antiquísi-

ma y muy puesta en razon, si se navega ha de ser sin velas ni remos, y si se camina por tierra deben ir vendados los ojos, dejando el éxito al acaso; pero casi todos escusándose los unos de los otros, se destapan los ojos, y navegan con todos sus necesarios. A los que así lo practican llaman en la lengua del país fulleros, nombre de que todos huyen, aunque no de su significado.

Allí todos son iguales, sin que haya empleos ni dignidades que distingan á unos de otros, No se respetan las canas, ni prenda alguna á excepcion de la nobleza que se atiende mucho, pero no se adquiere por nacimiento, siendo noble el hijo del plebeyo y al contrario; ni tampoco es cualidad inherente al sugeto, sino que se carga en el bolsillo y no es otra cosa que unos entesillos redondos y delgados, blancos unos y otros amarillos, que son los mejores, si éstos faltan, se acaba la nobleza, y por lo mismo los que ayer eran nobles, hoy son plebeyos, y al contrario, pasando todos á cada instante por esta alternativa de estados, pero al que ya no tiene proporcion de restaurar la nobleza perdida, lo desprecian y lo arrojan con la mayor inhumanidad de sus asambleas.

En este país nadie tiene honor, no obstante todos se jactan de él, haciéndolo consistir en ba-

gatelas y frioleras como en no levantarse de su asiento, ántes que los demas, no guardar sino tener á la vista de todo el mundo su caudal, franquear á otro su nobleza diciéndole se la tenga cuando quiera, aunque al dia siguiente se le escribe papel, pidiéndosela; no pelear en un encuentro con menor actividad que en el anterior, como con dagas ó trabucos, de haber peleado espadas ó fusiles, y que los llamen buenos tahures, que es lo mismo que si entre nosotros se alegrara alguno de que dijeran de él que era buen deshonrado ó buen malhechor: en la nueva capital se han abolido muchas de estas especies.

MODO DE MANTENER LA POBLACION.

Como allí son muy raras las mujeres, no bastan para la procreacion, y así es preciso vengan de fuera los pobladores: En efecto, sin que nadie los traiga, vienen muchos de todos estados y calidades: unos se entran por tierra por el país de la Entropelia ó por el de la Ociosidad, y otros por el mar, que es lo más corriente. El principal puerto de aquella costa es Codicia, que

tiene un famoso arsenal, en donde se fabrican muchos navíos que allí llaman deseos, y el viento con que se arriba al puerto seguramente y que sopla en aquellos mares, se llama Esperanza.

Además de los que vienen por sí los que ya están radicados en el país salen continuamente á traer gente, que embahucan valiéndose de mil ardides y convidándolos á que vayan á dar un paseo y sé vuelvan luego, cuya esperanza, con la de enriquecer, que se les promete, y sobre todo, el contemporizar y complacer: los hace emprender el viaje. Una vez entrados en el país, como han pasado el Rio Leteo, se olvidan de los motivos por qué resistian ir á él, y un trago que se les dá inmediatamente de la bebida Ganancia, que no puede negarse es comparable con la Hambresía, los deja aficionados. Dentro de poco el temperamento los trasforma: aunque sean de diferentes naciones y de diversos modos de pensar, todos quedan unos, y aun los mismos que resistian ir, salen despues á traer á otros, volviéndose panegiristas los que antes abominaban el pais. ¡Qué raros son los que habiendo vivido en él se vuelven á nuestro continente!

RELIGION.

No reina en el país otra religion que la pagana, y aunque Baco, Cupido, Marte y otros innumerables tienen bastante adoracion, la principal deidad es la Fortuna. A ella se tributan los más rendidos cultos; pero al que no salen bien sus ideas, no tiene embarazo en maldecirla. Son tan supersticiosos los jugadores, que para conciliarse ó conservar el favor de su Dios, se valen de las fruslerías más inconexas, como quitarse ó ponerse el gorro ó el sombrero, tirar la capa, pararse si estaban sentados, ó sentarse si estaban parados, quedarse con un pié levantado, ó sobre un codo, ó con la postura más incómoda en que los halló la buena suerte, y jamás juzgan que los proteje la Divinidad, atribuyendo sus favores al asiento, al lugar, á la persona que tienen á su lado, ó á lo que se les pone en la cabeza. No tienen á su Dios por agente libre, y así, si observan que obró de éste ó del otro modo, esperan forzosamente lo mismo en lo sucesivo, y de estos accidentes sacan la que llaman regla.

CIENCIAS.

Allí no florece ninguna de las ciencias que entre nosotros, y es lo primero que olvidan sus profesores cuando entran en el país. Todo el estudio se reduce á industriarse y perfeccionarse en su ejercicio, cuyas lecciones se aprenden de voz viva y reciben su último complemento por la práctica, corren no obstante entre ellos algunos impresos, como las ebras de Cina-rica, unos cuadernos de esplicion de varios juegos, y un tomito sobre la Malilla, dedicado á las ánimas benditas del purgatorio. Los sabios que dejaron más nombre y se mientan á cada paso, son un tal Canalejas y un cierto Birjan, de los que con todo eso nadie sabe quiénes son ni de dónde fueron.

ARMAS.

Las armas se hacen allí de marfil, hueso y palo, y de todas materias. Las que se usan mucho en el dia en la mayor parte del país son de papel; pero tan fuertes, que ni el aceite de los antiguos, ni los cañones de los modernos, son tan

poderosos como ellas para derribar y arruinar en breve una ó muchas casas. Cada arma de éstas consta de cuarenta piezas, y algunas de cuarenta y ocho, que se distinguen por los símbolos que van estampados en ellas, alusivos á las cosas más fuertes y poderosas entre los hombres. En unas están grabados unos troncos vastos y sin pulir; en otras unos sables ó espadas; en otras los vasos, jarras ó copas, para denotar la fuerza de los licores espirituosos, y en otras unas monedas de oro para significar el poder del dinero, á quien todo obedece. Las que llevan un mismo símbolo se distinguen por la multiplicacion de éste, pues en una pieza se pone uno solo, en otra dos, y así sucesivamente hasta siete ó nueve. Las que van señaladas con la figura humana, ó es con la de la mujer, que tanto arrastra al hombre, ó sí es de varon lleva las insignias reales significativas del poder, ó bien se representa caballero en un valiente bruto, pera denotar la fortaleza. Los naturales del país llaman á estas armas Barajas,

GOBIERNO.

El gobierno es democrativo, pues reside el poder en todo el pueblo, quien establece las leyes

porque se rigen. Estos no tienen más razon ni apoyo que el antojo ó capricho de la mayor parte de los vecinos, porque no se ha admitido jamás el derecho natural ni de gentes, pues pelean los hermanos contra los hermanos, y los hijos contra los padres, y estos no cuidan de la educacion y alimentos de aquellos, en una palabra, si se admitiera semejante derecho, era necesario abolir todas los costumbres y demoler las ciudades y pueblos. Las leyes se observan allí con el mayor rigor, atendiendo más á su letra, que á su espíritu: la judicatura no es honoírfica: los juicios son verbales y sumarios, y los jueces son los ínfimos del pueblo que ellos llaman Mirones.

ENEMIGOS.

Los enemigos del estado son todos los monarcas del mundo sin exceptuar á los Pontífices, las repúblicas, los jueces y los concilios, los oradores poetas, filósofos, juristas, y teólogos de todas las naciones, los que mantienen una guerra continua contra el país sin haberlo podido destruir. El subsiste y se aumenta cada dia más su poblacion, á pesar de tantas fuerzas unidas. Muchos lo atribuyen á que algunos de los que gobiernan las armas contrarias son negligentes en hacer la guerra, á los habitantes, ó que son de su faccion y están de acuerdo son ellos; pero aunque esta causa influya mucho, la principal es la errada opinion que se tiene de la bondad del país, la que anima á inumerables á irse á establecer en él, y sobre todo que los más se entran por las tierras de la Entropelia, y la Ociosidad, puertas francas á todo el mundo, é insensiblemente se van colocando hasta la provincia de Azar. Por eso un italiano llamado Costantini juzgó, que no solo á ella sino á todo el país se debia hacer la guerra. Amí me parece segun el aspecto que han tomado las cosas, era conveniente se usara de armas más fuertes que las que hasta quí se han usado.

IDIOMA

La lengua del país es un dialecto de los nuestros, sin más diferencia en la mayor parte que dar otros significados á las voces. Cada ciudad tiene su idioma, y fracismo particular, de que no es fácil dar una nocion completa; pero se for-

mará alguna idea por unas cuantas voces que he oido á los viajeros. Para explicar que uno empobrece dicen que se le arranca: al equivocarse llaman perder alegre: al matar, fallar: al quebrantar la ley renunciar á la facinacion, ó malhado le llaman ojo de pato: al que sigue el dictamen ageno, orejero: á las casas, garitos ó tablages, y algunos tules: á lo gracioso, ó sin precio de va: al desgraciado, salado: al principal puntero: al hurto y la trampa, habilidad destreza: á las dádivas y regalos, baratos: y en la capital micos: al jugar, echarla: al cajero, gurupié: al que sirve, banco, y así otras muchas de que se podia formar un diccionario abultado.

DE LA CAPITAL.

La ciudad capital llamada monte está situada en el declibe de un cerro, y vista de lejos y sin examinarla bien ofrece las mayores ventajas y comodidades para pasar la vida, razon porque los más abandonan las otras poblaciones para establecerse en ella. Allí reina la libertad, nadie depende de otro, cada uno sigue sus dictámenes, no se tiene á deshonra, como en las de-

más ciudades, el ausentarse cuando se quiera, ni el pelear en un encuentro con menos actividad que en el anterior, y parece lo más fácil del mundo enriquecer en breve con poco principal. Allí no combaten unos con otros, como en el resto del país, sino todos contra el Señor de la ciudad, á quien porque les mantenga la guerra tributan la mitad, ó la cuarta parte de los primeros despojos del pillaje, ó de aquellos que se encuentran luego á las puertas de un pueblo entregado al botin ó saqueo. Las calles y las plazas están llenas siempre de gente, pero no se oye ruido ni algazara, porque se guarda mucha moderacion y silencio, y dá de comer á todos el señor de la ciudad. Finalmente, se observa mucho órden en la lucha, alternándose todos á tomar la espada, que uno solo maneja, aunque se pongan muchos á su lado, y que no larga hasta que no yerra un golpe ó estocada, en cuyo caso la toma el siguiente en el mismo órden, y así sucesivamente.

Pero todas estas ventajas son aparentes, porque el que en realidad disfruta muchas es el Señor, de quien son víctimas los infelices ciudadanos. Porque como todo el anhelo es subir, y el piso es resbaladizo, á cada paso caen y se se despeñan, aunque mil veces emprendan de

nuevo la subida, lo que no es tan fácil que suceda al Señor que ocupa el lugar eminente y ventajoso. En una de estas caidas quedan por último destruidos, porque el cerro que sirve de suelo á la poblacion, está situado hácia el Poniente en los últimos términos de Azar, de lo que es muy consiguiente vengan á dar al país confinente de la Ruina.

La libertad é independencia lejos de aprovechar daña, porque se anda con los ojos vendados y sin conocer el terreno que se pisa, del mismo modo que seria perjudicial á los niños, faltos de advertencia, el dejarlos á su arbitrio travesear y correr por una azotea. El seguir cada uno su dictámen, supuesta la falibilidad humana y su propension á errarlo todo, es tambien dañoso y hace que solo en la apariencia peelen los vecicinos con el Señor, y en realidad peleen unos con otros, pues jamás se pueden ajustar y convenir los modos de pensar, porque hay en ellos más diversidad que en las caras, de las que no se hallan dos perfectamente semejantes. De aquí nace que al fin unos con otros se destruyan y el Señor quede hecho dueño de los despojos de todos. Por estas razones, en vez de tributarle los ciudadanos, deberia él pagarles porque se estableciesen en sus posesiones.

Las expresadas ventajas, aunque hacen que el Señor se conmueva más que cualquiera vecino, no lo ponen á salvo del precipicio, que tambien suele experimentar, siendo su caida tanto más sensible, cuanto es de mayor altura. De suerte que cuantos viven en aquel vasto continente, y sobre todo los cortesanos, van indispensablemente á dar al de la Ruina, de donde jamás vuelvan. Huíd, pues, mortales, de tan peligroso país, pero en especial de su maldita Capital.